

EL TESTAMENTO POLITICO

DE

MADERO

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

LIC. F. GONZALEZ GARZA

EN EL ANFITEATRO DE LA ESCUELA N. PREPARATORIA
PARA CONMEMORAR EL DECIMO PRIMERO
ANIVERSARIO DEL

20 DE NOVIEMBRE DE 1910

FECHA EN QUE
SE INICIO LA REVOLUCION MEXICANA.



MEXICO

«Imprenta Victoria, S. A.»—4ª Victoria, 92

1921

SEÑORAS y SEÑORES:

Aun no se extinguen en nuestros oídos los resonantes ecos de las fiestas jubilosas con que los mexicanos hemos conmemorado el primer centenario de la consumación de nuestra Independencia, cuando cumple a nuestro deber como ciudadanos y como revolucionarios celebrar el aniversario de otro trascendental acontecimiento, la fecha de cuya iniciación culminará en el transcurso del tiempo al lado de las más gloriosas de nuestra Historia: ¡20 DE NOVIEMBRE DE 1910!

Su sola enunciación y la presencia en esta ceremonia de numerosos ciudadanos que dispersos en todos los ámbitos de la República estuvieron vinculados con alma y corazón a aquel gran movimiento de redención popular, evoca en nuestra memoria los más vívidos recuerdos, llena de patriótico entusiasmo nuestras almas y hace que se estremezcan nuestros cuerpos con el calor frío de las grandes emociones.

Desde 1893 la dictadura tuxtepecana se había definitivamente consolidado, y el gran autócrata, seguro de disponer a su arbitrio de la voluntad y la vida de quince millones de seres humanos, cuya previa degradación cívica y moral había emprendido desde los comienzos de su férreo despotismo, quiso en un gesto de suprema ironía coronar su nefanda obra con un verdadero ultraje. «Creo firmemente que los principios democráticos,» dijo por medio del corresponsal de un Magazine americano, «están ya desarrollados en México.» «El pueblo mexicano está preparado ya para escojer y cambiar sus gobernantes sin peligro de conmociones revolucio-

narias.» «Daré la bienvenida a un partido de oposición; pues aunque no lo quieran mis amigos y partidarios, en 1910 me retiraré definitivamente del poder.»

De esta suerte pensó el gran hipócrita engañar una vez más al pueblo; pero en la memoria de éste existía una huella imborrable de cómo entendía aquél la democracia:

Elecciones confeccionadas en las Oficinas del Gobierno sin más intervención que el número indispensable de burócratas, dóciles a toda consigna para perpetrar el eterno fraude y representar la eterna farsa, y la policía necesaria para reducir al orden a los descontentos que osaran pensar por su propia cuenta; y como garantía de honradez política, de generosidad para el pueblo y de respeto a las garantías individuales, allí estaban algunos antecedentes que habían sentado jurisprudencia: Los asesinatos de Veracruz en 1879; la infame guerra de Tomóchic; los horrores de la guerra del Yaqui; las bárbaras matanzas de Papantla, Río Blanco y Cananea; la esclavitud en Yucatán para los peones; las dantescas tinajas de San Juan de Ulúa para los políticos; las puñaladas de Olmos y Contreras y Valadez, junto con el horno crematorio de Ordóñez, para los periodistas; la despiadada leva para los humildes y la infame ley fuga para todos.

Todo ésto, por lo que a las libertades del pueblo en general se refería; que en cuanto a los intereses personales del déspota, de sus favoritos y de la clase privilegiada para cuyo exclusivo beneficio existía el gobierno, se creaban instituciones y se dictaban las leyes, tenían a su disposición un caciquismo espantoso en cada pueblo; un sistema feudal en todos los campos, en el que no faltaba ni el derecho de pernada; enormes concesiones de tierras de las que se arrojaban por la fuerza a miles de seres infelices; canongías, puestos vitalicios; una Cámara de Representantes, remedo irrisorio de la voluntad nacional, atenta sólo a la voluntad del dictador; un Senado que más bien era, como muy bien se decía, un «panteón de gobernadores,» verdaderas nulidades y vejestorios que habían caído de la gracia del tirano y que por lo mismo eran dóciles instrumentos para la ejecución de sus mandatos.

No sin razón el escepticismo y el terror en el pueblo eran profundos, y la cobardía y la abyección en las clases ilustradas era casi general.

La impotencia del pueblo humilde para romper sus cadenas traducíase en una sorda desconfianza para toda clase de autoridades y en un justo resentimiento mal disimulado y sombrío contra sus implacables opresores. Todo era en vano; el espíritu público había naufragado en ese mar de iniquidades en que se apoyan y navegan los gobiernos absolutos. A fuerza de hacerse temer, el dictador había logrado hacerse necesario para todos. ¿Quién podría destruir aquel poder omnímodo; quién pretendería sucederle en el gobierno; quién podría reunir aquellas sus personalísimas cualidades que lo hacían aparecer al mismo tiempo como un ser excepcional, dispensador de todas las mercedes y a la vez semejante a un monstruo mitológico, capaz de anonadar, nuevo Júpiter, a cualquiera con un simple movimiento de su olímpico ceño? Insinuar siquiera la idea de que en las ya próximas elecciones se hiciera figurar como candidato a la Presidencia de la República a algún otro mexicano fuera de él, era el colmo de la imprudencia y de la insensatez. Los que tal hicieran, ¡qué ridículos! ¡qué estúpidos! y sobre todo ¡qué malos patriotas! Esto nos da una clara idea del despotismo entonces reinante e indica a qué grado, sin que de ello se dieran cuenta, había llegado el rebajamiento de los caracteres y el envilecimiento de las clases ilustradas.

Empero, para el buen nombre de México, no todo era corrupción y servilismo en el pueblo mexicano: en el oscuro fondo de las minas, en los miserables jacales y bohíos de los campos, en las fábricas y en otros varios centros de humildes actividades del pueblo, se advertía un visible fermento cuyo desarrollo era imposible contener más. Estos productores principales de la verdadera riqueza pública, arrastraban sus cadenas inconformes e impacientes, esperando la hora santa de su liberación social que parecía no llegar nunca, ya que la única esperanza de redención tenía que aplazarse para el día

en que el dictador hubiera de rendir su último tributo a la naturaleza.

Ocurrió al fin lo que siempre acontece entre los pueblos que se debaten atormentados por dar una salvadora solución en los momentos de sus grandes crisis históricas. Del seno de las mismas clases opresoras, surgió el hombre cuyo corazón supiese palpar al impulso de un grande y verdadero amor por los desheredados; cuya alma supiese recojer y comprender todas las quejas de sus infortunados compatriotas; que supiera vencer el inmenso prejuicio de los tiempos, tendiendo su mano generosa a quienes desde la época absolutista del gobierno colonial habíanseles juzgado como eternamente irredentos; que estuviera desde el primer instante dispuesto a perder la vida en aras del más noble de los ideales, en aras de la redención social de este desdichado pueblo mexicano. Este hombre extraordinario, cuya sinceridad e integridad personales fueron incomparables; este «santo laico,» como llegó a calificársele, se llamó, ya lo habéis adivinado, FRANCISCO I. MADERO.

Para los que tenían alma de esclavos y para quienes la honradez, el honor y la dignidad en el hombre son cualidades negativas que no contribuyen en modo alguno al progreso de las sociedades y a la redención de esta desventurada raza de Caín, fué un iluso, un loco, un visionario, «un pobre diablo,» cuando no un hipócrita, un déspota o un malvado; pero para los hombres libres y para quienes pensamos que el más precioso atributo del alma humana, el que tiene mayor valor real y mayor trascendencia en los destinos humanos, no es el que capacita al hombre para discernir simplemente las relaciones de las cosas, sino el que lo eleva y dignifica y lo pone en misteriosa comunión de afectos no sólo con sus semejantes, sino con el alma misma de la naturaleza infinita; para nosotros, Madero fué el vidente, el precursor, el reformador, el héroe!

Este hombre extraordinario, repetimos, retó al omnipotente autócrata. En libro memorable. «La Sucesión Presidencial en 1910» denunció con sereno valor y en un estilo sencillo, exento en lo absoluto de esas vacuidades literarias a que so-

mos tan afectos los mexicanos, las profundas lacras de aquel régimen que parecía incommovible. Ante las multitudes estupefactas y con una virilidad, de tiempo atrás perdida entre nosotros, planteaba el problema de la sucesión del general Díaz en forma tal que en lo sucesivo debería dejarse al pueblo intervenir en la elección de los altos funcionarios federales o la obra de treinta y cinco años del autócrata terminaría en un estruendoso fracaso.

Madero y el muy reducido grupo de ciudadanos que entonces compartieron con él sus planes reformadores, comprendió mejor que el resto de sus conciudadanos las verdaderas y sustanciales necesidades de su patria y el modo de satisfacerlas.

Lamentando con amargura, por lo que significaba para la paz y bienestar del país, que las clases ilustradas, en medio de sus cobardías y egoísmo, no respondieran a su patriótico llamamiento, como era de su deber responder, ya que se trataba nada menos que de conquistar para todos la libertad política, sólo de nombre conocida, y de comenzar a reformar nuestra imperfecta condición social y económica; emprendieron su plan de liberación apelando casi exclusivamente al apoyo de las clases humildes y pobres que naturalmente tenían que ser, por una parte, las más interesadas en el éxito del movimiento, y por la otra, porque estas mismas clases siempre han sido las que entre nosotros saben estar bien dispuestas a sacrificarse por alguna idea o por algún principio de interés general.

Porque, ¿había de abandonar aquel pequeño grupo sus emancipadores planes sólo por el hecho de que las gentes más conscientes y capaces de discernir sobre lo que más convendría para el futuro de la colectividad, no sintieran entusiasmo ni siquiera simpatía por una causa que a pesar suyo los tendría que beneficiar? ¿Se debería retardar, aplazar, la resolución de un problema vital para las instituciones nacionales y para el positivo bienestar de todo un pueblo, nada más porque así lo quería el egoísmo y la corrupción de las clases privilegiadas? No; de ningún modo. Madero y su escaso grupo

intelectual, escudados sólo en la conciencia de su derecho y en el cumplimiento de sus deberes hacia su patria, se consagraron a despertar la conciencia cívica del pueblo, y mediante una apostólica e intrépida cruzada que aquel hombre puro y bueno emprendió por las principales regiones del país, quedó sembrada, para fructificar de un modo maravilloso en las almas antes acobardadas del pueblo, la generosa semilla de la libertad.

Las masas populares acudieron presurosas a ampararse bajo la bandera del *Antirreeleccionismo*, y desde aquel instante pronto se comprendió que, cualesquiera que fueran los desafueros de las autoridades, el movimiento democrático ya no podría contenerse; podríamos ser burlados, como lo fuimos, en nuestros derechos al ejercitar la prerrogativa del voto; pero entonces el pueblo decidiría sobre los medios que se habrían de emplear en tal evento para reparar el agravio; pues teníamos la creencia (que desde entonces acá ha sido dos veces confirmada por los hechos), de que no hay autócrata bastante poderoso, aunque este se llamara Porfirio Díaz, que supiera resistir los embates de quienes luchan por la libertad y el derecho, y en este caso, el pueblo mexicano, representado en sus clases media y humilde, que son las más numerosas, quería sacudirse una dictadura militar oprobiosa, un gobierno personal de un tercio de siglo, cuya sola preocupación estribaba en mantenerse en el poder más allá de la muerte de su fundador, con beneficio de ciertas castas privilegiadas y con menosprecio absoluto de los derechos y necesidades de la inmensa mayoría del pueblo mexicano.

Romper el continuismo en el Gobierno y reivindicar de las manos de la dictadura el derecho al sufragio, eran por entonces las dos más grandes y más perentorias e inaplazables necesidades de los oprimidos. Sin la conquista previa de estos dos grandes principios, era inútil querer resolver *incontinenti* los grandes problemas sociales que por entonces esbozó el antirreeleccionismo y que sólo pudieron llegar a manifestarse con precisión ante la opinión pública después de que el pueblo elevó al rango constitucional el principio de NO REELECCIÓN y

después de que él mismo pudo acercarse a los comicios para elegir libremente a sus mandatarios.

Así lo comprendió aquel varón justo y fuerte; no era posible comenzar por el fin; las leyes relativas al reparto de tierras, restitución de ejidos, indemnización a los obreros, etc., no podrían ser expedidas sin que el pueblo recobrase primeramente su soberanía, la que al ejercitarse, había de traducirse necesariamente en la elección de verdaderos representantes del pueblo, únicos capaces de expedir aquellas leyes, renovadoras del viejo orden social.

Consecuente con estas ideas, Madero enarboló su estandarte bajo aquellos dos concretos ideales de más cercana realización y se lanzó con todos los suyos a la peligrosa contienda democrática para arrebatarse al viejo dictador la libertad de votar e impedir que en lo futuro ningún tirano pudiera perpetuarse.

Conocéis a maravilla, porque muchos de vosotros habéis sido actores, aquella heroica campaña electoral emprendida contra el tirano más poderoso que ha existido en la América Latina.

El viejo dictador desmintió con los hechos en menos de un año lo que había declarado en la conferencia Creelman. La bienvenida que ofreció a los partidos de oposición se tradujo en los asesinatos de Tepames, en las crueles represalias de Tehuiztzingo y Velardeña; en la supresión de la prensa antirreeleccionista, en la persecución de sus redactores, en la deportación de los jefes de los clubes políticos, en numerosísimas consignas al ejército, en disolución a cabalazos y machetazos de nuestras manifestaciones políticas, y por último, en la prisión de los líderes del antirreeleccionismo, y sobre todo, en el encarcelamiento de heroicas mujeres partidarias de nuestra causa y, ¡quién lo creyera!, de MADERO, nuestro propio candidato para la presidencia de la República!

Pero nada de esto fue óbice para hacer desmayar al pueblo, resuelto como estaba a quebrantar la omnipotencia de sus opresores. Desde el fondo de su prisión de Monterrey, Madero escribe así al dictador.

“Ustedes no tienen en cuenta que la Nación está cansada del continuismo, que desea un cambio de Gobierno, pues desea estar gobernada constitucionalmente y no “paternalmente”, como usted dice que pretende gobernarla. La nación no quiere ya que usted la gobierne paternalmente, ni mucho menos que la gobierne el señor Corral.”

“Si los partidarios de usted cumplen con la ley; si las autoridades partidarias de usted, investidas de su carácter se erigen en severos guardianes de la ley, el pueblo designará pacíficamente sus mandatarios y habremos entrado para siempre en la vía constitucional, única que podrá cimentar definitivamente la paz y asegurar el engrandecimiento de la Patria.”

“Pero si usted y el señor Corral se empeñan en reelegirse a pesar de la voluntad nacional y continuando los atropellos cometidos recurren a los medios puestos en práctica hasta ahora para hacer triunfar las candidaturas oficiales y pretenden emplear una vez más el fraude para hacerlas triunfar en los próximos comicios, entonces, Señor General Díaz, si desgraciadamente por ese motivo se trastorna la paz, SERÁ USTED EL UNICO RESPONSABLE ANTE LA NACIÓN, ANTE EL MUNDO CIVILIZADO Y ANTE LA HISTORIA.”

“Sé muy bien que con jueces obedientes a la consigna y superiores poco escrupulosos en darlas cuando se trata de beneficiar a su partido, mi suerte está en sus manos y se me podrá procesar y condenar por los mayores delitos: ¡Que así sea! pero tengo la conciencia de servir a mi patria con lealtad y honradez, y los mayores peligros personales no me han de arredrar para servirla.”

A pesar de todo, el gran fraude fue consumado; es decir, el gran crimen, pues que la inmensa soberbia del autócrata, apoyada en el servilismo de los «científicos», de los corralistas, de los intelectuales, de los meramente porfiristas y en suma, de todos los burócratas y gobiernistas, fue la que lanzó inevitablemente al pueblo a la lucha armada, con todas sus tremendas consecuencias.

Pero respetuosos de la ley, antes de dar un paso tan gra-

ve y de tanta responsabilidad, el gran Partido Antirreeleccionista intentó el recurso último que le concedían las leyes, reclamando en la forma más solemne la reparación de aquel agravio nacional. En el Memorial que fue dirigido a la Cámara de Diputados, decíamos:

«Jamás un pueblo infortunado que viene luchando contra crueles fatalidades históricas, ha deseado volver al carril constitucional con fe más ardiente, con patriotismo más puro, con intenciones más sanas, que los que han impulsado y servido de guía a los mexicanos en la contienda política actual.»

«Su ideal es el de todo pueblo altivo y digno que se respeta tanto a sí mismo que preferiría morir a vivir sin libertad y sin honor. ¿Y sabéis con qué podría calmar al instante todos sus sufrimientos? «Sabéis, señores, lo que verdaderamente quiere este país? Pues bien,» ya lo ha dicho por voz de uno de sus corifeos el grupo «científico» que pronto renegó de sus palabras; el país «quiere que el sucesor del General Díaz se llame. . . . !LA LEY!»

«Ese es el sagrado paladión que el Antirreeleccionismo se lanzó a conquistar en los comicios de junio y julio. ¿Y cuál ha sido por ventura el premio a su acendrado amor a las instituciones? El pueblo ha sido tratado con el desprecio y la ferocidad con que un negrero trata a sus esclavos.»

Y ya para concluir afirmábamos:

«Es tiempo de proclamar muy alto que *nadie en este país debe estar sobre las leyes.*»

«Al pueblo no puede censurársele que hasta ahora haya venido a manifestar su susceptibilidad y su descontento, al cabo de más de un cuarto de siglo de sumisión y de abandono absoluto de sus derechos de ciudadanía.»

«Los que lo oprimen saben bien que su amor a la paz fué la virtud suprema que mejor han sabido explotarle; pero no por eso ese mismo pueblo deja de tener conciencia de que al fin él es el único árbitro de sus destinos.»

«Que se medite fríamente cuál es la solución que puede satisfacer mejor los altos y verdaderos intereses de la patria;

que los espíritus levantados convengan en que ya no es posible gobernar a este país sin dar a los intereses generales el lugar preferente que siempre ha debido corresponderles.»

«El pueblo ha cumplido con su deber; el gobierno debe ahora cumplir el suyo, y el más inmediato es hacerle justicia.»

«Mas si desgraciadamente se llega a desconocer esa obligación y aquellos intereses, no será el pueblo ciertamente sobre quien deberá recaer responsabilidad alguna por haberse roto la armonía entre gobernantes y gobernados.»

La respuesta altanera de aquella Cámara servil, fué la siguiente:

«Dígase a los signatarios de los memoriales de 1º, 3 y 28 de este mes (septiembre) que no ha lugar a declarar la nulidad de las elecciones verificadas en los meses de junio y julio de este año (1910), para la renovación total del poder Ejecutivo y parcial del Poder Judicial, ambos de la Federación.»

La Revolución estaba desde ese instante justificada. Los Antirreeleccionistas contestamos con el Plan de San Luis; pronto se escuchó el primer disparo reivindicador, y el primer mártir, Aquiles Serdán, adelantándose a su destino, selló con su sangre el pacto solemne que el pueblo contrajo de reconquistar sus libertades.

El viejo Dictador despertó entonces como de un largo sueño; el pueblo que él había sojuzgado y humillado, se levantaba impotente para arrebatarse por la fuerza de las armas lo que, en su inmensa soberbia, no supo concederle por la fuerza de la razón.

Mucha sangre de hermanos y muy intensos sufrimientos en la familia mexicana fueron menester para consumar la muerte de un vetusto régimen despótico y sustituirlo con un régimen de libertad basado en la dignidad del ciudadano y erigido para procurar el bienestar de todos los mexicanos.

Y fue aquel hombrecillo insignificante, aquel inconsciente, aquel iluso, según era calificado por los aduladores y cortesanos, el que tuvo la excelsa facultad de despertar al pueblo de su sueño de ignominia, el que supo señalar a sus compatriotas la olvidada senda del sacrificio y del honor; el que supo provo-

car en las conciencias gestos de virilidad, agitando en ellas las elevadas nociones del deber, del desinterés y del patriotismo; el que, en suma, supo reencender en las almas atribuladas del paria y del desheredado la luz de una esperanza de redención que estaba a punto de extinguirse para siempre.

Este noble proceder de aquel incomparable ciudadano que supo conducir a su pueblo a la conquista de un triunfo en el que pocos, muy pocos tenían fe, fue el mejor título, el motivo más poderoso, la razón fundamental que tuvieron los tuxtepecanos, los «científicos», los pretorianos, todos los demás gobiernistas, las llamadas clases dirigentes, los intelectuales y pseudo-aristócratas, para mofarse de él, despreciarlo y vejarlo, y más tarde, asesinarlo!

No sin razón en un lírico arranque de su pluma generosa, nuestro correigionario «Cráter», no por modesto y poco conocido menos digno de la estimación del pueblo revolucionario, como que es un verdadero reformador de nuestras costumbres, un campeón de la raza indígena y el defensor más ardiente y desinteresado de la obra de Madero; no sin razón, decíamos, describía así la figura del Apóstol y apostrofaba a sus detractores, en una de sus valientes producciones:

«Alto como una cumbre, simple como una verdad y luminoso como una antorcha, Madero es EL EJEMPLO. El ejemplo de un vasto idealismo que abarca todo y que en medio del charco más corrompido del orbe como lo prueba el huertocarrancismo imperante, desde hace más de cuatro años, distingue *lo malo* que observa y reconforta su esperanza con *lo mejor* que imagina. El ejemplo del entusiasmo cálido, del apostolado oportuno y fecundo, de la renunciación a la fortuna, al bienestar, a la vida próspera, opulenta, frente a la tiranía más prestigiosa y acatada de la historia! El ejemplo de formular frente al temido autócrata, con la palabra y con el hecho la exigencia de la opinión pública. El ejemplo de la civilización en la guerra y de la magnanimidad en la victoria! El ejemplo del honor en la transacción! El ejemplo de la paciencia, en el poder, frente al amago, la injuria, la defección y la calumnia! El ejemplo de la obediencia a la ley! El ejemplo de celo por el bien

público. El primer ejemplo en la historia del mundo, de la anteposición del ideal moral a las exigencias utilitarias de las castas parásitas! El ejemplo de *no* corromper, de *no* medrar, de *no* traficar, de *no* matar, de *no* crear intereses para consolidar su dominio! El ejemplo de sacrificarlo todo al bien general y al cumplimiento de sus deberes sin componer con los individuos, los grupos, las castas, las sectas o los partidos! El ejemplo de *no* gobernar con éste ni con aquél, sino con el pueblo! El ejemplo de resistir al zanganismo con riesgo de la propia existencia! El ejemplo de *no* dar una sola consigna, una prebenda, una sola puñalada, un solo tijerazo a los códigos, un solo arañazo a las conciencias! El ejemplo de todas las virtudes..... el ejemplo de todos los ejemplos..... pero qué os falta, insensatos? Qué es lo que le exigís aún para dejar de llamarlo pequeño, débil, visionario, ciego; qué os falta para postros de rodillas?>

El infame asesinato de este grande hombre, no lo pudo perdonar el pueblo, y lo que éste hubiera podido realizar quizá muy difícil y muy lentamente si sus enemigos no hubiesen dejado arrastrar por el espíritu de venganza, por sus desmedidas ambiciones y por amor a sus antiguos y antisociales privilegios; lo logró y lo está consolidando gracias a aquel gran crimen de la reacción; de tal suerte que la generosa sangre de Madero y de los que en aquella época compartieron con él el supremo sacrificio, tiende hoy a ser fuente perdurable de positivas bendiciones para el pueblo mexicano y está por llegar a ser la realización misma del más acariciado de los grandes ideales de Madero: la suprema aspiración que siempre lo animó de morir por su patria y por la felicidad de sus conciudadanos.

No me toca en esta ocasión analizar si su actuación como Jefe de Estado correspondió a la importancia de su actuación como caudillo; la Historia juzgará si lo que entonces y todavía hoy se toma como grandes errores políticos suyos, no son

acaso sino sus mayores aciertos en todo lo que en ellos significan como ejemplos de verdadera ciudadanía y de nobleza, dignos de tenerse presentes y de ser imitados por los ciudadanos del futuro, cuando ya haya pasado y nos veamos libres de esta onda perturbadora de todos los valores morales que desde 1913 comenzó a invadir a los espíritus y aun sigue azotando cruelmente a nuestra patria.

Es por ésto que cabe preguntar, por lo que respecta a la actitud de los revolucionarios de entonces y de ahora, si después de levantar el pueblo su brazo justiciero sobre los culpables y sus cómplices, aquellas clases sociales que más contribuyeron a la consumación del tremendo atentado, ha sabido mantenerse fiel a los principios de libertad y justicia, base fundamental de las doctrinas democráticas de aquel apóstol; si ese mismo pueblo y todos aquellos ciudadanos que desde su muerte han venido en teoría profesando lealtad a las enseñanzas democráticas de su gran emancipador, han sabido en el terreno de los hechos respetar fielmente el testamento político de Madero; en una palabra, si los revolucionarios que han manejado los asuntos públicos desde la caída del matoide Huerta, han sabido colocarse a la altura de los principios de moral política proclamados por aquel mártir de la democracia, y si su conducta ha llevado el sello de nobleza y dignidad que corresponde a los enormes sacrificios realizados por sus hermanos de 1910 y 1913.

Formular estas interrogaciones equivale, desgraciadamente, a contestarlas en forma que no da lugar, por cierto, a que los revolucionarios nos enorgullecamos en todas ocasiones de nuestra conducta. Vamos a explicarnos.

Es cosa aceptada por todos en general que sin el cuartelazo de la Ciudadela y los odiosos crímenes de febrero, la Revolución, que durante el régimen maderista se vió inevitablemente constreñida a tomar un paso lento, por virtud de pactos solemnes que Madero, en su nobilísimo afán de ahorrar sangre mexicana, juzgó patriótico celebrar, mientras se provocaban condiciones favorables para llevar a cabo la transformación social que llevaba latente en sus banderas; la Revolu-

ción, digo, no hubiera podido de la noche a la mañana asumir el aspecto radical que asumió desde 1914, precisamente por virtud de aquellos intolerables acontecimientos.

Puesto que la reacción juzgó insoportable un gobierno como el de aquel gran caudillo civil cuya suprema misión fue la de arrebatar el humillante grillete que cada mexicano llevaba aferrado a sus pies; si para las clases privilegiadas fue la más afrentosa de las injurias el haberles devuelto una libertad que no deseaban y que por lo demás eran incapaces de conquistar por sí mismas, razón por la cual carecían de la dignidad necesaria para hacerse respetables; si en vez de honrar a quien los honraba, sólo supieron recompensarle con el vilipendio, la traición y la muerte; no hay conciencia honrada que no estime proporcionadas las represalias que hubo de tomar el pueblo para castigar tamaña infamia, no hay espíritu recto que hoy no recomiende como la más prudente y humana de las políticas tener perpetua desconfianza en quienes antes nos han traicionado, y como el medio más práctico para mantenerlos a raya, apresurar la evolución económica que traerá consigo una justa, apropiada y rápida resolución del problema de la tierra y del trabajo.

¡Vosotros lo habéis querido, hijos del privilegio y la fortuna; habéis perdido el derecho de quejaros; desofstéis la voz de los tiempos, vosotros los que monopolizabais la ciencia, aunque erais huérfanos de toda virtud cívica. De hoy más nuestras fuerzas antagónicas estarán más equilibradas, y muy bueno será que jamás volváis a soñar en restauraciones imposibles!

Mas tan torpe conducta de nuestros enemigos no nos impide tornar la vista hacia nosotros mismos, los revolucionarios, para inquirir si por nuestra parte hemos sabido ser prudentes al aplicar el cauterio que requerían nuestros males. Infortunadamente no ha sido así. Tan justa y noble era la causa del pueblo en 1913, que para hacerla triunfar no era menester

apartarse nunca del camino de la honradez y de la justicia, aunque tuviéramos que aplicar ésta con todo su rigor.

La vindicta nacional quedó plenamente satisfecha, es cierto: no triunfó el crimen; pero al castigar, hay que reconocer que, individualmente, nos descuidamos de nuestra propia conducta y no siempre fuimos honrados. Faltos de ponderación, olvidamos muchas veces por qué y para qué nos habíamos armado, y otras tantas, creíamos que al que castiga le era dable y lícito entregarse a todo género de excesos, sin relación alguna con el crimen que se trataba de castigar. Uno de los fines instintivos del movimiento de 1913 fue, sin duda alguna, ya lo dijimos, vengar el infame asesinato de Madero, prototipo de patriotas y ejemplo inimitable de virtudes ciudadanas, y de afirmar y desarrollar los ideales revolucionarios de 1910; pues bien, quedó vengada su muerte, pero quedaron olvidadas sus virtudes y ahora tienden a quedar letra muerta sus principios.

Todo ello depende, no de que las clases proletarias exijan, con más o menos apremio, la participación que les corresponde en el dominio de la tierra, puesto que eso es justo y conveniente para el mejor arreglo de nuestro régimen territorial, sino de que la más infortunada de las contingencias que a esta gran Revolución mexicana pudieron presentársele a la mitad de su desarrollo, consistió en la repentina presencia entre las filas de los revolucionarios de cierto espíritu muy contrario al que prevaleció durante su primera etapa; este nuevo espíritu era de *insinceridad, inmoralidad y despotismo*, y pronto se advirtió que su núcleo central radicaba en el Jefe mismo del movimiento. Carranza enarboló ostensiblemente la bandera del Constitucionalismo, pero en todos sus actos dejó descubrir que era de la madera de los más grandes déspotas. No preocupándole, en consecuencia, sino los medios que habría de poner en juego para retener a cualquier precio el poder, pronto encontró uno que juzgó de resultados infalibles, consistente en explotar las flaquezas de los elementos revolucionarios, a cuyo efecto dejó manos libres a todos los Jefes mili-

tares y a todos sus partidarios civiles, a condición de retener su fidelidad.

La misma ambición de mando fue la que a regañadientes le hizo ceder ante las justas exigencias de la Revolución que, por medio de las ardientes arengas de Aguascalientes y de los cañonazos de Torreón, reclamaba como postulados fundamentales de la misma la reorganización de nuestros sistemas obrero y rural. De allí que sea altamente curioso que las reformas sociales verdaderamente necesarias y trascendentales, hayan podido iniciarse encontrándose al frente de la Revolución un hombre que en el fondo, dígase lo que se quiera, era el mayor enemigo de toda reforma social.

Los resultados desastrosos de esa política de corrupción han sido inmensos; la relajación de la conducta de innumerables revolucionarios fue sencillamente escandalosa, y tuvo y seguirá teniendo tremendas resonancias en la conducta general del pueblo mexicano.

De esta suerte, aunque sea doloroso confesarlo, hoy nos encontramos con que el nivel cívico y moral de la Revolución es en la actualidad muy inferior al que alcanzaba el pueblo durante sus tres primeros años de lucha por su emancipación.

Tampoco nos debe sorprender, en consecuencia, que la falta ostensible de probidad individual, *cívica, política y privada*, en muchos de nuestros correligionarios, sea la causa principal de la falta de nuestro crédito colectivo.

Es inútil que pretendamos ser sinceramente estimados en el extranjero como nación o como raza, ora por el solo hecho material de que nuestro territorio encierre grandes riquezas naturales, ora porque tengamos cierta audacia y habilidad para aparentar lo que realmente no somos; ya porque seamos poseedores de un temperamento pasional, ya porque acusemos ciertas disposiciones artísticas; pues que a pesar de todo ello, somos pobres que aun no sabemos explotar nuestras propias riquezas; somos semicivilizados, aunque parezcamos no serlo; nuestro temperamento pasional nos hace vivir en un ambiente de inexactitud y de injusticia, y nuestras tendencias artísticas no hacen más que mantenernos perpetuamente en

la esfera de lo teórico, de lo abstracto, de lo irreal, y son ellas la verdadera causa de nuestra ineptitud para el ejercicio de la ciudadanía y para comprender y satisfacer las necesidades básicas y primordiales de nuestro pueblo en general.

Yo os digo con toda la sinceridad que me es dable extraer de mi conciencia, que en tanto no poseamos la verdadera riqueza, la riqueza moral, aquella que hace del ser humano un agente de actos capaces de traducirse en bienestar para los que lo rodean, y que llegado el momento lo sublima transformándolo en un mártir o en un héroe; mientras no poseamos esa riqueza que es la que en verdad constituye el signo más característico de diferenciación entre el hombre y la bestia; jamás los mexicanos impondremos respeto a los demás pueblos de la tierra; jamás inspiraremos confianza internacional; jamás influiremos en buena parte en la marcha general del mundo; jamás seremos un gran pueblo!

Tan amargas conclusiones deducidas de los hechos, demuestran que también nosotros los revolucionarios nos hemos extraviado, razón por la cual se hace indispensable hacer un alto para poder orientarnos y tomar exactamente el rumbo que nos señale la brújula que nuestros grandes precursores pusieron en nuestras manos.

Aunque a primera vista parezca ocioso decirlo, es menester precisar que la actual Revolución político-social mexicana ha tenido dos etapas bien marcadas que principian respectivamente en 1910 y en 1913. En la primera, predominó su aspecto político con todo y la importancia que desde entonces se concedió a los problemas sociales; en la segunda, ha predominado su aspecto social. No podía ser de otro modo. Aun el pontífice del socialismo, Karl Marx, ha dicho en alguna de sus obras que para que tal doctrina pueda desarrollarse es menester que la preceda el ejercicio de nuestros derechos dentro de las prácticas democráticas.

Ambas tendencias, la política y la social, se complementan, sin embargo, para constituir un todo armónico que busca una sola y gran finalidad, de tal manera que desvincularlas, sería dañar a cada una de ellas, sin que pudieran por separado lle-

gar sino a resultados incompletos. Esa gran finalidad que producen unidas ambas tendencias, es provocar o alcanzar, dentro de las instituciones democráticas, es decir, dentro de la libertad, el bienestar moral y económico del mayor número de mexicanos, a diferencia de lo que siempre se han propuesto los gobiernos personales u oligárquicos, los cuales sólo procuran realizar el bienestar de una minoría, usando naturalmente de medios antidemocráticos.

Para Madero y los que compartimos sus doctrinas, una vez derrumbada la dictadura y resuelto el problema democrático, el móvil supremo en gobernantes y gobernados dejaría de ser en adelante el interés individual, el de un grupo, el de una clase o el de una casta, cualquiera que fuera el plano social en que se encontrasen, y sería sustituido por un sincero y noble afán de procurar el bienestar general de toda la colectividad, y de esforzarse desde luego por elevar el nivel social del pueblo humilde.

De esta suerte, todos nos empeñaríamos, lo mismo los de las altas que los de las bajas esferas sociales, en acortar la enorme distancia que las separa, en comprenderse y ayudarse mutuamente, para hacer de nuestra patria común, con el tiempo, una patria grande, respetada y feliz.

Esto significa que a pesar de que lo primero que debía preocupar a los antirreeleccionistas era el problema democrático, no por eso descuidaban el problema social. En el banquete que el 16 de septiembre de 1912 se ofreció al primer Congreso libremente electo por el pueblo, el Presidente Madero dijo a los representantes del mismo, después de haberse ocupado del problema democrático: «Otro problema, el *más importante* y en el cual se cree habrá más divisiones en la Cámara, es el problema social y agrario.»

«En ese problema, señores, estoy seguro que estarán de acuerdo todos los representantes del pueblo; diferirán en los métodos que deban seguirse, habrá algunos que quieran ir demasiado aprisa, pero habrá otros que impedirán esos ímpetus y de allí vendrá el equilibrio; entonces tendremos los verdaderos partidos políticos, de los jóvenes impetuosos que

quieran ir aprisa, y de las personas reposadas, de los ancianos, que moderarán esos ímpetus; esas dos tendencias opuestas traerán el equilibrio y permitirán que las Cámaras legislativas lleguen a representar la gran misión que la República espera, puesto que por primera vez han podido elegir libremente a sus representantes.»

Tan patrióticos propósitos no pudieron realizarse porque los reaccionarios, con sus odiosos crímenes, lo impidieron, dando lugar a que el pueblo, cegado por la imperdonable perfidia de sus enemigos, no se conformara ya con restablecer las cosas a su anterior estado, sino que para salir de una vez de la inhumana desigualdad en que vivía y para reducir a la impotencia a sus explotadores, extremó sus exigencias, al grado de dar secundaria importancia a las doctrinas democráticas de quienes los habían emancipado, y en pretender no pocas veces entrar en un terreno de dudosa legitimidad.

Detengámonos un momento en esta cuestión.

El gran principio igualitario del reparto de tierras es una de aquellas necesidades nacionales sin cuya satisfacción, todos los revolucionarios estamos conformes en ello, jamás se logrará la redención económica de la raza indígena, y por ende su redención moral; ni México podrá presentarse al mundo como nación homogénea y próspera, capaz de competir, por el solo esfuerzo de sus hijos, ni siquiera con naciones de menor población y de menor territorio, pero en las que las fuerzas económicas y sociales estén mejor distribuidas y más equilibradas.

El problema obrero debe también resolverse, por las mismas razones que militan en favor del problema agrario, en el sentido de elevar al trabajador a un plano de existencia en el que pueda satisfacer, sin detrimento de las industrias, cuya prosperidad debe ser constante, las necesidades más imperiosas de la vida con el decoro que le corresponde por su simple calidad de ser humano.

Partiendo de esta base, es nuestro sentir, sin embargo, que para dar satisfactoria solución a dichos problemas, nuestros obreros y campesinos no necesitan abandonar, volver las

espaldas y mucho menos traicionar a los principios democráticos de libertad y justicia que en su favor proclamara aquel insigne ciudadano, sin cuyo amor por las clases desheredadas y sin cuyo sacrificio, hay que decirlo muy alto, los mexicanos todos quizás estaríamos todavía debatiéndonos bajo las garras de una férrea dictadura.

Si fuimos sinceros cuando luchamos por conquistar una libertad que a todos, ricos y pobres, nos beneficiaría; si somos leales con nuestra propia conciencia y ésta sólo nos obligaba en 1910 a ir en pos de una justicia igual para todos, la cual no existía más que para los privilegiados; seamos consecuentes con nosotros mismos, no traicionemos a nuestras propias convicciones; honremos a nuestro libertador dando honor a sus principios, es decir, consagrándonos a la realización efectiva de las doctrinas democráticas que apasionaron al pueblo en 1910, doctrinas cuya bondad todavía no damos trazas de comprender y mucho menos mostramos firme voluntad para ponerlas en práctica.

Y es que para ello se requiere derribar previamente un gran obstáculo de orden moral con el que no se tropezó en 1910. En efecto; *la más apremiante necesidad nacional del momento* consiste en sanear nuestra casa, en purificar el ambiente malsano de que la dejó saturada el último de nuestros déspotas; hacer pasar, por decirlo así, a la mayoría de nuestros políticos y militares y a una buena parte de los funcionarios y empleados de los gobiernos federal y locales, de nuestras Cámaras y nuestros Ayuntamientos, por una estufa de desinfección moral para que se desimpregnen de todo lo que más hizo repulsivo al régimen carrancista, y dejen allí todo lo que sea ruindad, miseria, vicio; para que se purifiquen del hábito de no ver en los asuntos públicos más que la parte en que sus intereses privados puedan salir favorecidos; para que se desprendan de la tendencia morbosa a enriquecerse a cualquier precio, no sólo al de su propia honra, sino al precio de la honra de la nación; en fin, desinfectarse hasta la médula para que vuelvan a ser verdaderos ciudadanos, conscientes de su misión, celosos del cumplimiento de su deber, respe-

tuosos de los derechos políticos y civiles de los demás y hombres de aquilatada providad personal.

Ya libres de estos graves inconvenientes que dificultan el uso apropiado de la ciudadanía, nos será fácil comprender que la Revolución al llegar a sus últimos extremos no debe proponerse nada que sea abiertamente antagónico con los mismos principios que le dieron nacimiento; es decir, que debe dirigir sus redentoras actividades dentro del amplio cauce que le marcan los dos grandes principios de libertad y justicia en que pueden resumirse los ideales democráticos sustentados por los hombres de 1910.

La conclusión es obvia; si no queremos que la Revolución malogre sus más preciados frutos; si de veras ambicionamos realizar una obra patriótica de beneficios permanentes para nuestro país; si cordialmente anhelamos la redención de nuestras clases proletarias, rural y obrera, y si algo significa para nosotros el buen nombre de México y el afianzamiento de su independencia, deberemos acercarnos a nuestros obreros y a todas nuestras clases trabajadoras, no para aprovecharnos de su ignorancia y de su ingenuidad, sino para aclararles sus ideas sobre sus propios problemas, evitando de este modo que se apoderen de sus ánimos, falsos conceptos sobre la naturaleza y límite de sus derechos y que lleguen hasta defender como justo y legítimo, cuando de sus intereses se trata, aquello mismo que juzgaban antidemocrático, ilegal y arbitrario, cuando se trataba de las clases privilegiadas.

Me refiero a la tendencia reinante, producto de imitaciones exóticas, de pretender crear privilegios después de una sangrienta lucha de once años emprendida precisamente para destruir esos privilegios.

Si nuestro sistema de gobierno, sostenido y afianzado por la Revolución, debe ser un gobierno representativo, es decir, del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, y si el gobierno actual tiene todavía por lema los principios de «SUFRAGIO EFECTIVO Y NO REELECCIÓN,» es una seria inconsecuencia la que cometen algunos de nuestros políticos y algunos de los

líderes de nuestras clases trabajadoras, cuando pretenden llevar los límites de la Revolución hasta el grado de querer poner los destinos de todos los mexicanos, pobres o ricos, ignorantes ó sabios, en las manos exclusivas de una sola clase social. Esto equivaldría a que los que supieron derribar el antiguo régimen por exclusivista y despreciador de los intereses generales, hoy deliberada o inconscientemente lo imitan cuando quieren dar preferencia a una sola clase social y despreciar a las demás.

Esto no es lógico ni honrado. Convengamos en que dentro de la libertad, que implica el respeto de todos los derechos, nuestras clases humildes pueden obtener el mejoramiento de su condición, sin necesidad de abrazar teorías que pugnen con los principios democráticos por los que ellas supieron luchar y ofrendar la vida de sus miembros al lado de caudillos desinteresados; porque de otra manera, difícilmente se podrá demostrar que sus aspiraciones fueron patrióticas y honradas al iniciar la lucha en 1910, ni que estén basadas en un principio de verdadera justicia.

En cuanto a cómo hayan de proceder los revolucionarios ilustrados para que conserven en toda su pureza su parentesco político con los iniciadores de 1910, sólo hay que pedirles el retorno a la buena fe, de tal suerte que se propongan imprimir en todos sus actos el sello de la mayor probidad e integridad personales, que no son por cierto, en estos tiempos, las características dominantes en el político mexicano.

Con tal proceder demostraremos que nuestro liberalismo no es un liberalismo hipócrita, que somos partidarios de la revolución porque comprendemos que sólo ella es capaz de operar en el seno de nuestra nacionalidad las transformaciones y renovaciones sociales que son menester para que desaparezcan definitivamente las medioevales condiciones de vida que hemos venido heredando desde la Conquista y para que pueda efectuarse el reajuste apropiado de nuestras fuerzas étnicas, si es que de veras deseamos que alguna vez lleguen a ser factores de progreso nuestros millones de indios, y si es que queremos perdurar en la Historia como nación autónoma.

Esta buena fe nos obligará a confesar que uno de los principios de 1910 está aún en pie. Buena prueba de ello es que nuestro actual gobierno, muy cuerdamente por cierto, ha tenido que restaurar aquel glorioso lema de «SUFRAGIO EFECTIVO Y NO REELECCIÓN», como un ideal que está aún por realizarse, ya que tan pronto ha venido siendo olvidado en la práctica por los demócratas de mala fe. Estos principios, hoy redivivos, no saben transigir ni con los estériles esfuerzos de los representantes del pasado que añoran sin consuelo el cesarismo paternal de un don Porfirio, ni con los excesos de los que fueron manumitidos por el verbo apostólico y ardiente de Madero; porque para los liberales de su escuela que quieren ver a México dignificado y capaz de influir noblemente, aunque sea en un remoto futuro, en los grandes destinos de la Humanidad; tan repugnante y despreciable es la tiranía de un solo hombre o de una oligarquía, como la que en México pretendieron perpetuar Díaz y los «científicos», como lo es la tiranía de muchos hombres o la de una o varias clases o castas, a semejanza de la que los Lenine y Trotski vienen pretendiendo inútilmente implantar en la remota Rusia.

La ocasión es propicia para enderezar nuestros pasos y recomenzar la tarea; hay actualmente al frente del Poder Ejecutivo hombres bien intencionados que no vacilan en proclamar públicamente lo que siempre ha sido nuestra convicción: que el progreso verdadero de un pueblo no se mide únicamente por su grado de adelanto material e intelectual; sino en que este adelanto concorra con un progreso moral proporcional; o en otras palabras, que el progreso material y moral sean paralelos y simultáneos.

Tal parece, entonces, que el obstáculo con que nuestro progreso democrático tropieza actualmente no está en nuestros gobernantes, al menos en el Jefe del Gobierno, sino en nuestros propios ciudadanos, en nuestros flamantes políticos de estos últimos años que en esta Capital y en varios Estados



BIBLIOTECA
RAFAEL CARRETERO
INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

de la República, tienen ya cansada a la sociedad con sus continuos delitos políticos y sus irritantes fraudes electorales, producto natural de su falta de probidad cívica y en no pocos casos de su tardío y falso revolucionarismo.

Guardémonos, en consecuencia, de quedar tanto a la zaga de las verdaderas exigencias de la Democracia, como de querer colocarnos más allá de sus principios, dentro de esa zona impura en la que se funde y se confunde la libertad con la tiranía.

Si nos esforzamos en reconstruir nuestra política a base de patriotismo y no a base de conveniencia, pronto lograremos purificar nuestro ejército, nuestras Cámaras, nuestros Ayuntamientos y demás Instituciones de índole popular, llevándolas a su seno, por el voto libre y consciente (que hoy por hoy nuestros traficantes en política han impedido, por medio del fraude, del garrote y la pistola, que tengan esos caracteres) a nuestros mejores ciudadanos, aquellos cuya conducta pública y privada y cuya competencia, sean una garantía de que van a laborar por el bien público, por el progreso positivo de nuestras colectividades y por la honra de la Nación.

Voy a concluir, señores; quiero que me hagáis el honor de creer en la buena fe con que he hecho el análisis de nuestra situación. Habéis observado que yo no censuro con el espíritu con que a diario lo hacen los reaccionarios del tiempo del cesarismo porfiriano o del tiempo de Huerta, el asesino; mi propósito no es que fracase la Revolución para que se instale en el poder cualquiera «hijo de su tío,» con su cortejo de gobernadores caciques, al estilo de los Mucio, los Reyes, los Izábal; con jefes militares como Rosalino Martínez; con jefes de Policía como Ramón Castro, y con Jueces como Pérez de León y Tello Rodríguez; ni gobiernos presididos por «hom-

bres blancos» de conciencias negras, o por dipsómanos criminales que vengan a hacer desaparecer a nuestros Belisarios Domínguez y Abraham González. No señores; si tal hiciera, sería un menguado; yo hablo con el espíritu que animó a los revolucionarios de 1910; de los que tuvieron el alto honor de tener por caudillo a Madero; soy de los que hablan en su nombre y siguen soñando en una patria libre de toda tiranía, así sea la del machete, la del crimen o la de la inmoralidad; soy miembro de la gran familia revolucionaria que supo destruir dictaduras portentosas como la de Díaz; derribar gobiernos de asesinos miserables como el de Huerta, y de los muy pocos revolucionarios que prefirieron vivir voluntariamente en el desierto por luengos años antes que someterse al gobierno mil veces corruptor y despótico de un Venustiano Carranza. Hablo, pues, con el derecho y con el espíritu fraternal que, en el seno de una familia, le asiste y anima a uno de sus miembros para recordarles a aquellos de sus hermanos que se hayan apartado del camino del deber y del honor, que deben volver a él y saber honrar a sus progenitores.

Soy uno de los muchos interesados en que el nombre de «revolucionario» vuelva a resplandecer como resplandeció en 1910; honroso calificativo que en aquellos días jamás fue acompañado, como lo fue infortunadamente desde 1913, por esa degradante y bochornosa sinonimia que la opinión pública, no siempre sin razón, llegó a establecer entre los vocablos «revolucionario» y «pícaro.» Entonces aquella palabra connotaba virtudes cívicas de primer orden: anhelo de verdadera libertad, ansia suprema de justicia y de igualdad social; oposición a los gobiernos de grupo, clase o casta; profundo respeto a la opinión ajena, sobre todo, al voto público, y por último repugnancia por todo lo indigno en nuestra conducta de mexicanos.

De ahí que si al volver a nuestra patria hemos encontrado y advertido que los ideales del apóstol se hallan como oscurecidos y semi-olvidados, cuando no interpretados en un

sentido contrario a los verdaderos intereses de una República democrática como la nuestra; no es posible que nos sintamos satisfechos, y creyendo cumplir con un deber indeclinable, experimentamos la necesidad de llamar al orden a nuestros correligionarios de todos los matices, para preguntarles sobre el modo cómo hayan sabido ejecutar la voluntad de los que murieron en la lucha contra todos los despotismos, y sobre el grado de lealtad que hayan sabido conservar a sus convicciones de ayer; si no han apostatado y si no han caído o están cayendo en los mismos errores que dieron nacimiento a aquellas convulsiones populares contra la vieja dictadura.

Señores: nuestra salvación está en respetar y cumplir el testamento político de Madero; consolidar y desarrollar nuestras instituciones democráticas, y emancipar de sus miserias e infortunios a nuestras clases desheredadas, echando mano para ello de toda la *integridad, desinterés y patriotismo* de que seamos capaces, de esas tres grandes virtudes que fueron los supremos resortes de aquel gigante espíritu que ya constituye, sin duda alguna, una de las tres más legítimas glorias del pueblo mexicano.

México, noviembre 20 de 1921.

F. GONZÁLEZ GARZA.

Edificio de «La Mexicana», Isabel la Católica número 24.



IMPRESA VICTORIA, S. A. 44, VICTORIA 92
MEXICO D. F.